

LA MAGIA DE LAS BIBLIOTECAS EN LA OBRA DE BORGES

Ana Luisa Soriano
Bibliotecóloga

LA MAGIA DE LAS BIBLIOTECAS EN LA OBRA DE BORGES

Las bibliotecas constituyen un universo antiguo. Cuando gracias a la invención de la escritura se hizo posible codificar y registrar lo que el mundo ofrece para no ser olvidado, nacieron también las bibliotecas. En efecto, al tener la civilización humana la capacidad de registrar información objetiva y subjetiva del entorno, surge la imperiosa necesidad de reunir estos registros como memoria de la colectividad en lugares aparentes donde puedan conservarse para ser reutilizados, recordados y reactualizados. A medida que el volumen y la complejidad de estos materiales se incrementa, se vuelve imperativo organizarlos para hacerlos accesibles a las necesidades informativas de la comunidad. Este lento proceso de maduración que se iniciará con el simple acoplo de materiales y llegará hasta nuestros días con los más sofisticados sistemas informáticos, será presidido siempre por un principio ordenador que otorgue sentido a los datos, a la información, a los conocimientos registrados, por último al mundo, que sin él -es decir sin un orden- carecen de significación y utilidad para las sociedades que las engendran. Con la escritura, es decir, con la historia, aparecen pues las bibliotecas.

Quisiéramos reiterar esta búsqueda de un orden, que es a la vez una búsqueda de sentido a los acontecimientos registrados en un soporte cualquiera: tablillas de arcilla, trozos de metal, piedras, papiros, pergaminos, libros impresos, o más recientemente, materiales sonoros, audiovisuales, electrónicos,

en fin, los materiales cambian con los tiempos y las tecnologías, más no el sentido que las preside, que es el encontrar significado al universo y a nuestras vidas. Creemos que las bibliotecas, tanto en su continente como en su contenido, representan la capacidad creadora del ser humano, su poder de recrear el universo real y natural con su imaginación, y su capacidad de oponerle, a veces, un modo virtual; y, en última instancia, representar al tiempo que acrecienta y otorga nuevos sentidos a las obras del espíritu humano. Mientras va demoliendo lentamente las creaciones materiales de la humanidad, deja en pie lo único irreductible y definitivamente humano: sus creaciones intelectuales; razón, intuición, emoción, más allá del devenir de las generaciones son los elementos propios, sobre los que la humanidad erige su grandeza.

Todas estas desordenadas reflexiones vienen a cuento al leer la obra de Borges, el escritor que vivió y escribió fascinado por las bibliotecas y lo que éstas representan alegóricamente para la humanidad.

En toda biblioteca se cumplen dos funciones opuestas y complementarias; se es bibliotecario o se es lector; es decir o se maneja o se demanda información. Borges, asumió ambos papeles con pasión: asiduo y erudito lector y experto bibliófilo, como bibliotecario, ejerció la dirección de la Biblioteca Nacional de su país de 1955 a 1973; además, en su condición de escritor, de creador de ficciones, también fue, y continúa siéndolo, generador de información. Es pues fácil colegir, que Borges, al fin de cuentas, consecuente en los actos de su vida y en los de su imaginación, no podía excluir a las bibliotecas de su obra literaria. Y las bibliotecas, convertidas en protagonistas constantes de su obra narrativa y poética, nos acechan y nos fascinan con su magia, con la misma fascinación que ejercen sobre el escritor, y que éste transmite de manera contundente y luminosa.

LAS BIBLIOTECAS Y SU FASCINACIÓN EN BORGES

Nos preguntamos entonces. ¿Cuál es la magia que ejerce la Biblioteca sobre el ánimo de Borges, hasta convertirla en uno de los temas recurrentes de su obra?

Para intentar responder a esta interrogante, recurrimos a la obra del propio escritor. A lo largo de ella, nos encontramos con libros existentes e inexistentes, con autores reales e irreales, con bibliotecas enormes y solitarias en su grandeza, con bibliotecarios o lectores también solitarios y a la espera de la muerte en su orgullosa y aristocrática soledad. Revisaremos, a continuación, seleccionando de entre la vasta obra borgesiana, no sin algo de arbitrariedad, dos de sus textos que nos permiten dilucidar la compleja red de asociaciones y relaciones que la Biblioteca evoca en la imaginación de Borges, aunque hacemos la salvedad de que ante la deslumbrante riqueza del material existente el análisis será siempre incompleto.

«LA BIBLIOTECA DE BABEL»

La primera obra que revisaremos «La Biblioteca de Babel» fue escrita en 1941 y publicada en el libro de cuentos «Ficciones» en 1944.

«El universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales, con vastos pozos de ventilación en el medio, cercados por barandas bajísimas. Desde cualquier hexágono se ven los pisos inferiores y superiores: interminablemente. La distribución de las galerías es invariable. Veinte anaqueles a cinco largos anaqueles por lado cubren todos los lados menos dos: su altura, que es la de los pisos, excede apenas la de un bibliotecario normal. Una de las caras libres da a un angosto zaguán, que desemboca en otra galería. Idéntica a la primera y a todas. A izquierda y a derecha del zaguán hay dos gabinetes minúsculos. Uno permite dormir de pie; otro, satisfacer las necesidades finales. Por ahí pasa la escalera espiral, que abismo y se eleva hacia lo remoto. En el zaguán hay un espejo, que fielmente duplica las apariencias (...). La luz procede de unas frutas esféricas que llevan el nombre de lámparas. Hay dos en cada hexágono: transversales. La luz que emiten es insuficiente e incesante».

Así con esta precisa y puntual descripción del escenario, empieza Borges su cuento. Nos ofrece un espacio infinito, y como tal, impreciso,

infernol en su vastedad, monotonía y frialdad. Un espacio de formas geométricas perfectas y repetidas interminable y opresivo, donde los ambientes asignados a las funciones vitales más naturales como dormir o evacuar, son mínimos, ridículos, inhumanos. Este ámbito laberíntico y complejo, con escaleras de caracol que serpentean hacia arriba, hacia abajo, siempre hacia el vacío, a la incertidumbre más absoluta, está signado además por la penumbra de una luz «insuficiente e incesante». Para aumentar el rigor de esta visión infernal, añade Borges a la escenografía un espejo que duplica las formas -es decir, las galerías y anaqueles- de manera no por ilusoria, menos real e infinita.

En el cuento, un narrador anónimo, el bibliotecario de uno de los innumerables hexágonos de la inmensa biblioteca, nos hace conocer su visión de la biblioteca que es el mundo y la historia de esta biblioteca, en la medida en que esta es conocida por el sujeto hablante. Nos presenta un mundo en donde prima un orden perfecto, cuyo origen es desconocido, y que la fisura que este hecho crea, ofrece las condiciones necesarias para alentar el apetito de conocimiento y exploración. En este intento, los solitarios y apacibles bibliotecarios, abandonan «sus dulces hexágonos natales» nos dice Borges con ironía, y emprenden la búsqueda furiosa de los libros que les den todas las respuestas frente al destino cósmico y personal. Esta búsqueda generará la única convulsión en este mundo estático y rígido, generará la destrucción y la muerte, la duda, y finalmente, la desesperanza que es peor que la muerte y genera suicidios y locura. El final se ve llegar pronto, no sólo para el protagonista que se describe a sí mismo como un hombre viejo y casi ciego, a la espera de la muerte, sino para la biblioteca misma casi completamente deshabitada. Valiéndose del acto escritural - pues lo que leemos es una epístola - pretende protegerse de la disolución y del caos del mundo en decadencia que lo rodea. Con una juventud sumergida en la más profunda ignorancia y superstición, el narrador declara que el final de la humanidad está próximo, pero se alegra en la «elegante» convicción de que la Biblioteca es infinita y eterna.

Borges con su afirmación inicial: «El universo (que otros llaman la Biblioteca)» no nos permite dudar de la naturaleza alegórica del cuento. Siguiendo esta línea de pensamiento, entonces, los libros son los objetos

del mundo y los bibliotecarios, que alternan este papel con el de lectores, son la humanidad exploradora de lo desconocido. Reflexionar sobre la naturaleza y el Orden de la Biblioteca es reflexionar sobre el orden cósmico y universal, y explorar y buscar libros preciosos o extraños, es encontrarse con los objetos y formas, reales e ilusorias del mundo que nos rodea. Y el narrador, omnipotente, sentencioso, califica o descalifica los acontecimientos según se ajusten o no a un Orden que él supone existente, superior y eterno. Hay una conciencia de la divinidad a la que se busca a través de sus manifestaciones humanas, los libros, y de su manifestación suprema, el Orden de la Biblioteca. En el universo exclusivamente masculino presentado por Borges, toda relación humana es meramente referencial, o destructiva, como cuando se emprende la vertiginosa búsqueda de las «Vindicaciones», los maravillosos libros que resuelven el destino personal y el origen de la Biblioteca. Nos dice Borges: «Miles de codiciosos abandonaron el dulce hexágono natal y se lanzaron escaleras arriba urgidos por el vano propósito de encontrar su Vindicación. Esos peregrinos disputaban en los corredores estrechos, proferían oscuras maldiciones, se estrangulaban en las escaleras divinas, arrojaban los libros engañosos al fondo de los túneles, morían despeñados por los hombres de regiones remotas. Otros se enloquecieron ... Las Vindicaciones existen (...) pero los buscadores no recordaban que la posibilidad de que un hombre encuentre la suya, o alguna perdida variación de la suya es computable en cero». Es decir, una búsqueda condenada de antemano al fracaso. El propio narrador confiesa haber sido participe de las agitaciones de su mundo en su juventud y generosamente exclama: «Si el honor y la sabiduría y la felicidad no son para mí, que sean para otros. Que el cielo exista, aunque mi lugar sea el infierno. Que yo sea ultrajado y aniquilado, pero que en un instante, en un ser, tu enorme Biblioteca se justifique». Con esta invocación a la divinidad, en su ortodoxia inexpugnable ataca toda duda o vacilación frente a la fe y ratifica su certeza en la divinidad y en la infalibilidad y eternidad de la Biblioteca.

Este universo asfixiante, completamente artificial, hecho de ideas, libros, palabras, este mundo cultural, este mundo histórico y no natural, ofrece como única salida la muerte; y aún en ese trance no es posible el reencuentro

con la naturaleza para estos hombres nacidos en un hexágono y condenados a morir en otro, tan alejados de la tierra por su torre, vale decir por su cultura: «me preparo a morir a unas pocas leguas del hexágono donde nací. Muerto no faltarán manos piadosas que me tiren por la baranda; mi sepultura será el aire insondable; mi cuerpo se hundirá largamente y se corromperá y disolverá en el viento engendrado por la caída que es infinita». No es pues la tierra el lugar de reposo, sino el vacío absoluto, donde todo es quietud y silencio, sólo alterado por el viento que genera el propio cuerpo en su caída interminable. Más allá de la Biblioteca, más allá de la historia, el poderoso vacío acecha a ambos lados de la gigantesca escalera.

No debemos olvidar que nos hallamos en un espacio mítico, atemporal, sin localización ni límites precisos, nos encontramos en Babel, la torre proyectada y construida por los hombres para escalar el cielo y que no pudo ser concluida porque Dios introdujo la confusión de las lenguas como castigo por tamaña soberbia. En efecto, los hombres de la Biblioteca armados del mismo intelecto, del mismo espíritu, del mismo alfabeto y de los mismos sonidos, no pueden entenderse; cada hombre combina los mismos elementos de manera distinta y obtiene resultados distintos, y por lo tanto no pueden comunicarse. Esta filosofía escéptica del lenguaje llega a poner en duda la posibilidad de comunicación aún en la propia lengua, que creemos comprender y compartir con los que están más cerca de nosotros. Es más, finalmente, cada hombre, cada bibliotecario es sólo un reflejo, un libro, una letra de un alfabeto laberíntico donde, los hechos aunque se repitan invariablemente escapan a nuestra comprensión. Es entonces que asoma la confusión escondida, la discordia detrás de cada ángulo, de cada anaquel, de cada libro, uniformes sólo en la apariencia que refleja el espejo. Se nos habla de lenguajes incomprensibles, se generará entonces la necesidad de una filosofía, de una metafísica que explique lo incomprensible. La Biblioteca es total, se dice, y en ella, dialécticamente cabe la contradicción, la oposición y la adhesión. En esta Babel, víctima de la ira divina, los hombres tienen que navegar entre desconocidas lenguas para no ahogarse en el sinsentido, en el caos más destructivo. El universo empieza a desmoronarse y a hundirse por esa fisura en la estructura perfecta de la Biblioteca.

Y con la duda ya sembrada, el narrador añade: «Tú, que me lees, ¿estás seguro de entender mi lenguaje?», cuando todo el discurso ha transcurrido en tiempo pasado, un giro hacia el presente, y el tono apelativo dirigido a la segunda persona, en un discurso que permanentemente recurre al singular y al plural de la primera persona, atrae nuestra atención y nos involucra a nosotros, sus lectores contemporáneos en este antiguo enigma. Esta Babel es una magnífica alegoría del cosmos, pero también lo es de la mente humana, pues ¿quién conoce con exactitud su funcionamiento intrincado y caótico?

Ante la imposibilidad del lenguaje de abarcar la totalidad, la matemática, la fría y perfecta matemática con sus símbolos y valores impersonales y absolutos intenta representar magnitudes y formas para comprenderlas y operar sobre ellas como en las fórmulas mágicas. Es por ello que la Biblioteca asume una estructura perfectamente geométrica. Habría que preguntarse la razón de esta forma en particular; cabe una decisión arbitraria de Borges, o razones simbólicas: No podemos olvidar que el hexágono es la forma del sello de Salomón según una tradición hermética, que según la cábala el seis es el número de la belleza y del intelecto, y tampoco podemos olvidar el hexagrama, la forma básica de la escritura china; o el hexámetro, el verso de la poesía clásica formada por seis pies.

La afirmación aristocrática de un valor superlativo en el concepto de la elegancia del mundo es constante en el cuento y, la elegancia del cosmos aunque éste o sus leyes nos sean desconocidos, inaccesibles, se manifiesta en su belleza, su simetría y armonía, en una palabra, en su Orden.

Ante la salvaje soledad que lo rodea, ante el caos reinante a su alrededor, ante la inminencia de un sistema que se desmorona lentamente, el narrador nos dice que el acto escritural es su salvación. Nos describe un universo desolado, sordamente desesperado y sumido en la ignorancia y el más profundo fatalismo: «La certidumbre de que todo está escrito nos anula o nos afantasma (...). Yo conozco distritos en que los jóvenes se prosternan

ante los libros y besan con barbarie las páginas, pero no saben descifrar una sola letra (...). Quizá me engañen la vejez y el temor, pero sospecho que la especie humana -la única- está por extinguirse y que la Biblioteca perdurará: iluminada, solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes preciosos, inútil, incorruptible, secreta».

Termina la historia con una afirmación de fe. «La biblioteca es ilimitada y periódica. Si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que repetido, sería un orden: el Orden). Mi soledad se alegra con esa elegante esperanza».

Finalmente, pues, en el aparente caos de la disolución, se encuentra un orden, el Orden divino universal que preside los actos, las búsquedas, la ansiedad, el temor y la alegría de los hombres de la Biblioteca, hombres solitarios que no conocen del contacto humano sino a través de los libros, de sus búsquedas; personajes «afantasmados» como diría Borges, que no tienen una apariencia sólida, que aparecen como sombras a través del relato del anónimo protagonista, y que sólo viven por y para la Biblioteca, es decir para la cultura, para la historia.

«EL GUARDIÁN DE LOS LIBROS»

Poema publicado en «Elogio de la sombra» (1969), con una estructura narrativa de cincuentaún versos divididos en tres estrofas, nos cuenta la historia de Hsiang, el cuidador analfabeto de los libros del imperio chino que se disgrega y se desvanece en la locura de la invasión tártara. Hsiang, quien sólo se identifica casi al final del poema, se enorgullece de aquellos libros inaccesibles para él, pero que sabe son los últimos del imperio, acaso de los más secretos y luminosos monumentos del imperio, cuyo destino es incierto.

La primera estrofa nos describe un mundo armonioso, donde todo funciona a la perfección, donde el decoro y la serenidad del Emperador se reflejan en el mundo que es su espejo, todo el discurso elaborado en tiempo pasado remata de la siguiente manera: «Las secretas leyes eternas./ El concierto del orbe: /Esas cosas o su memoria están en los libros/. Que custodio en la torre». Es decir, lo narrado se encuentra en el pasado, en la historia, cuya memoria guardada en los libros se encuentran en una alta torre, tal vez como la de Babel, pero signada por la serenidad oriental, distinta a la sorda y callada desesperación de Babel.

En la segunda estrofa sucede la desolación y la muerte, la destrucción de aquel paraíso perfecto, de aquel orden sereno, por obra de hordas extrañas: «Los tártaros vinieron del Norte» dice «Y siguieron al Sur. /Inocentes como animales de presa. Crueles como cuchillos». En esta situación caótica Hsiang debe conservar, al igual que los libros, su tradición familiar: «El padre de mi padre salvó los libros/. Aquí están en la torre donde yazgo. /Recordando los días que fueron de otros. / Los ajenos y antiguos».

Casi al final de la tercera estrofa el sujeto poético se identifica, adquiere una identidad. Este párrafo se inicia con una serie negativa: «En mis ojos no hay días. Los anaqueles/ Están muy altos y no los alcanzan mis años». Es decir, estamos en el tiempo de la vejez y la oscuridad. «No hay días» equivale a decir «No hay anaqueles», no hay libros. En la inaccesibilidad de «están muy altos y no los alcanzan mis años» se mezclan planos espaciales y temporales. Continúa con «Leguas de polvo y sueño cercan la torre», es decir la esterilidad, la muerte y la ilusión rodean el círculo de la sabiduría que se mantiene alta e inaccesible pero segura en la torre; alrededor, todo ha pasado ya y verdad y mentira, sueño y realidad se confunden en una sola masa informe, «para un hombre que ha sido/ y contempla lo que fue la ciudad/ y ahora vuelve a ser el desierto». Nuevamente como en Babel, la conciencia de la destrucción y de ser los últimos; y concluye, como quien habla de las estrellas, inmovibles en su eternidad y altura. «Ahí están en los altos anaqueles/. Cercanos y lejanos a un tiempo./ Secretos y visibles como los astros (...))».

CONCLUSIÓN

En ambos textos, los narradores son hombres viejos y decrepitos que contemplan con aristocrática serenidad el mundo en disolución que los rodea y que se derrumba porque ha trastocado el Orden. Ellos, los bibliotecarios, son los guardianes de la tradición, es decir del Orden, y como tal, postulan la infinitud y la inmortalidad de los valores y tradiciones que representan. Reivindican además el principio del conocimiento secreto, propio de las escuelas iniciáticas de la Antigüedad. En ambos casos, la Biblioteca es el último refugio de la civilización y de la historia, y desde allí, del pasado, proyecta su sombra hacia el futuro.

En ambos textos, se habla de un pasado brillante desde un presente decadente y desolador y se descubre un futuro incierto y tal vez vacío, donde la biblioteca tal vez no será útil, pero sí hermosa en su Orden, y desde esa altura brillará el pasado, y el conocimiento se ofrecerá a las generaciones futuras o al misterio del porvenir.

Igualmente, en ambos textos se proclama la inaccesibilidad del conocimiento absoluto, sea por simple ignorancia, como en «El cuidador de libros» o por la conciencia de la extrema complejidad del mundo como en la Biblioteca de Babel, sólo queda claro lo inaccesible, de su misterio.

Finalmente, la Biblioteca es el espacio donde confluyen información, conocimiento, escritura, libros, bibliotecarios, lectores. Y como toda confluencia, es un lugar también de divergencias. Es, pues, una encrucijada. Y como toda encrucijada es un lugar misterioso, donde todo puede ocurrir, y donde toda bifurcación tiene cabida; la oposición y la complementariedad; en esta coyuntura dialéctica la línea divisoria entre el orden y el desorden es muy sutil y el bibliotecario asume el rol de vigía, de señal de orientación en esta encrucijada. Por eso en la Antigüedad, esta función era sagrada y ejercida por las castas sacerdotales, y las bibliotecas se guardaban en los templos, los espacios sagrados por excelencia. En este sentido, la Biblioteca y su Orden, son el símil del Universo, de ese Cosmos que a todos perturba y todos soñamos

comprender; y creemos que esta capacidad alegórica de las Bibliotecas así como su naturaleza eminentemente histórica y cultural, impulsaron a Borges a utilizarla, como uno de los pilares fundamentales de su ética y de su estética. Frente al doble del Universo que es la Biblioteca, con su orden evidente y su orden oculto, con su dosis de verdad e ilusión, con sus galerías laberínticas y espejos, con sus kilométricas murallas de estantes, nos enfrentamos diariamente; y aún bajo otras formas aparentes, todos los días emprendemos la azarosa aventura de penetrar por estas interminables galerías y descubrir el libro, la obra que nos pertenece. Borges lo sabe.

* * *